





PULPA



PULPA

FLOR CANOSA

OBLOSHKA

OBLOSHKA

Canosa, Flor
Pulpa / Flor Canosa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Obloshka, 2018.
128 p. ; 14 x 20 cm.

ISBN 978-987-46902-0-3

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Dirección editorial: Gastón Levin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky
Imagen de portada: Freepik

© Flor Canosa, 2018

© Obloshka, 2018

ISBN: 978-987-46902-0-3

Impreso en **xxxxxxx**
en el mes de agosto de 2018.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
previo consentimiento del editor/autor.

Índice

Parte uno, IRMA	9
Parte dos, LUNES.....	53
Parte tres, ENERO	75



Parte uno

IRMA

«(...) hacer el amor es sentir su cuerpo que se cierra sobre sí, es finalmente existir fuera de toda utopía, con toda su densidad, entre las manos del otro. Bajo los dedos del otro que te recorren, todas las partes invisibles de tu cuerpo se ponen a existir, contra los labios del otro los tuyos se vuelven sensibles, delante de sus ojos semicerrados tu cara adquiere una certidumbre, hay una mirada finalmente para ver tus párpados cerrados. También el amor, como el espejo y como la muerte, apacigua la utopía de tu cuerpo, la hace callar, la calma, y la encierra como en una caja, la clausura y la sella. Por eso es un pariente tan próximo de la ilusión del espejo y de la amenaza de la muerte; y si a pesar de esas dos figuras peligrosas que lo rodean a uno le gusta tanto hacer el amor es porque, en el amor, el cuerpo está aquí.»

Michel Foucault. Conferencia
“El cuerpo utópico”, 1966.



1

Tenía doce años cuando madre y yo nos mudamos a esa casa.

Las casas heredadas de abuelas son todas iguales en el imaginario popular. Las abuelas son mujeres que tuvieron algún hijo o hija con el cual se pelearon a muerte y terminaron no conociendo a sus nietos. Eso es lo que me explicó madre, porque tengo algunas dificultades con lo que se hace llamar parentescos. De esas historias siempre hubo muchas en mi familia. Dicen. La realidad es que la reproducción es una herramienta gubernamental de control, entonces no hay un vínculo emocional verdadero que nos una a los hijos que elegimos, si es que elegimos bien. Como animales evolucionados, no es una cuestión biológica. Algo en nuestra psiquis, no en nuestro cuerpo, es lo que nos hace rechazarnos. Es el instinto que no poseemos. Por algo ya no somos animales, aunque no comprenda por

qué ya no lo somos si alguna vez lo fuimos, si los cuerpos tienen funcionamientos análogos. Bah, no me consta; que fuimos animales es sencillamente algo que me contaron. Al demostrarse y disponerse como verdad ineludible que no somos animales, el único instinto que nos queda es el sexual y justamente por eso está regulado. Es inconcebible que algún instinto nos pueda hacer perder el control. No somos animales. Dentro del mundo animal el incesto no es tabú, es algo natural. Debió el hombre venir a poner el cebo en aquel único instinto que no se perdió en la reformulación de la teoría de nuestros orígenes. Toda esta información me la repito a mí misma, ahora, en este cuarto cerrado, porque me cuesta retener la historia. Retengo las sensaciones. Entonces repito la data para que todo el *puzzle* se arme. Porque la inmovilidad, en los instantes en que no me son atravesados los otros sentidos y pierdo el control, pone la cabeza a repetir historias como si se tratase de listas. Pero eso ahora no importa, todavía es temprano.

En esta pequeña familia no nos llevamos. Nunca tuvimos el deseo de juntarnos, no pertenecemos a una manada. Mi familia es un conjunto de animales solitarios que acompañan a sus crías hasta que pueden sostenerse en sus patas y entonces las liberan a su suerte. Abuela lo hizo, madre también. Aunque no seamos animales.

Las casas heredadas de abuelas son, si las mirásemos a la distancia, como una sola que se multiplica como —en lo que dice madre que era— un cuento borgeano. De Borges, un autor que nadie tiene la certeza que haya existido o si fue una leyenda. Decía que la casa es húmeda, verdosa, abarrotada, con fórmica, con azulejos celestes, con naftalina, cubrecama de lana, telarañas unimembres. Se enrosca en sí misma, se mantiene fresca, se vuelve tórrida, se azucara. Pero es la misma casa repetida en todas las casas de abuelas, una sola abuela desmembrada entre todos los habitantes, como por orden superior. Lo vi en una foto. Una foto que mostraba cómo era la casa de una abuela. Tendrás una abuela y será así. Esta es tu vida, esta es tu abuela, en estos pots anaranjados se guardan las galletitas sintéticas.

Madre me contaba que en algún momento del pasado el trámite para hacerse de una casa familiar era mucho más engorroso. Implicaba la participación de personas que estudiaban para esos menesteres. Abogados, se llamaban. Escribanos, a veces. Antes de la revolución del ADN, claro. Antes de la revolución, el concepto de ADN hacía referencia sencillamente a la información genética de cada quien. En sus momentos más primitivos se usaba para resolver crímenes o para garantizar filiaciones. Parece una locura que fuese tan limitado. Parece mentira, pero la RACK lo

cuenta: allí hablan de lo que el hombre antiguo hacía con el ADN, cómo lo consideraba mera información genética y narran su descubrimiento como un pequeño gran salto de la ciencia, sin imaginar su alcance actual. Ese dato es historia antigua. Está en la sección de curiosidades, de leyes extrañas, junto con otras leyes extrañas como aquellas que decían que estaba prohibido morir en el Parlamento inglés, bailar después de medianoche en Japón, que en un reino árabe un ginecólogo podía sólo revisar los genitales femeninos a través de un espejo, en Florida las mujeres solteras no podían saltar en paracaídas los días domingos, en Francia no se podía llamar Napoleón a un cerdo y en el mundo entero el ADN era una sencilla herramienta para identificar personas. Eso pasó hace muchos años, lo dije antes. Aparentemente no es que no supieran cuáles eran los alcances del ADN, sino que se trataba de una estrategia gubernamental en connivencia con los medios de comunicación. Eso es más viejo que la historia, dice madre. Los medios hegemónicos que existían en el pasado —que ya se amalgamaron con las otras maneras de bajarnos data requerida— se volvieron la única manera que tenían gobiernos y contra-gobiernos de someter a las masas. No había un pensamiento único como ahora y cada región de este territorio sin nombre, apenas con número de serie, tenía

sus propios reguladores políticos. Dicen que todavía existen otros territorios nominados que se dividen en países, no regiones, que son gobernados por medios analógicos, donde los habitantes pueden conocer el rostro de sus líderes, como era antes acá. El caos. Madre tiene muchas historias acerca de la época partidaria, pero no tuve demasiado interés en escucharla divagar. Me arrepiento ahora, pero ya no importa. Me arrepiento ahora en donde toda esa información sería útil y entretenida cuando todo está flotando en una extraña placenta hasta la próxima ola de sensaciones. No importa.

Decía que también en esa época existía la vieja internet (la WEB), lo que era el canal de conocimiento del pasado, antes de la RACK, que ya existe desde hace unos diez años.

Hay teorías diversas acerca del alojamiento de todo aquello que estaba en la WEB. En la RACK no hay que buscar demasiado, los conceptos están ordenados por ideas básicas, sin el esfuerzo de largas lecturas. Repaso todo eso mentalmente. Mi mente tiene la necesidad de detenerse en detalles burdos y conocidos. Pienso mucho en la WEB y en la RACK. En teoría la WEB era un espacio popular y democrático, donde la información se desperdigaba caóticamente, sin orden, sin contención, sin moderadores. Partidario, como la sociedad antigua. Podíamos encontrar

porno, muerte, dibujos animados, recetas de cocina, series, cuadros, noticias, moldes de ropa, pareja. Sin solución de continuidad. Atendido por sus propios dueños. Cualquier persona tenía los permisos para subir cualquier foto o información, propia o ajena. Lo que me contaron es que la WEB se convirtió en un espacio tan enorme que hubo que eliminarla. Estaba a punto de desbordar, pero nadie sabía bien cómo sucedería eso. Si sería hacia adentro (de qué) o hacia afuera (de dónde). No es que la borrarán directamente, simplemente la dejaron fuera del alcance de la gente. La volvieron fantasma. Fueron filtrando el contenido, en un trabajo de hormiga que implicó la contratación de una multitud de personas que trabajaban en turnos de doce horas, hasta que se depuró. Eso sí, nadie reconoce haber hecho ese trabajo. No sé cuántos años llevó ese proceso ni comprendo cómo es que el gobierno antiguo puede haber dejado que la WEB creciera tanto, sin control. Dicen que hubo una llamada DEEP WEB, a través de la cual los incautos pensaban que podían sortear los contenidos básicos, de uso común, y encontrar aquellos datos que le eran vedados al resto. Dicen que esa DEEP WEB no era otra cosa que un mecanismo de control de los servicios de inteligencia, que subían contenidos supuestamente prohibidos con el fin de atraer a los buscadores. Dicen que los

hackers, aquellos cerebros capaces de violar cualquier tipo de seguridad, nunca existieron. Las cosas no se hackean, las cosas se ponen a disposición por conveniencia. No sé, solían decirme muchas cosas en la infancia, cosas que captaba con los ojos enormes de curiosidad, sorpresa, pasmo, como si compartiésemos secretos que probablemente eran mentiras. Supongo que lo que sucedió con la WEB es lo mismo que ocurre con todas las proto-tecnologías. Creer o reventar. Pero si la WEB no fue eliminada por completo, quiere decir que está. Que todo ese contenido redundante y monstruoso tiene algún sitio de almacenamiento. Esas fueron mis primeras preguntas. Padre no quería responderlas, él se encontraba contento con el régimen y con las limitaciones. Su personalidad era la de pez en pecera, necesitaba un receptáculo limitado desde donde observar una panorámica de la vida que no fuese superior a 180 grados.

En realidad, estaba pensando en el ADN. Ahora ya no hace falta hacer ningún esfuerzo extra. Se recibe una notificación y el individuo puede tomar la casa sin papeleríos (como llamaban antaño a los trámites burocráticos). Claro, con un cruce de datos se demuestra el grado de parentesco y el mérito de herencia. Así de simple.

De todas formas, madre siempre me dice que esto del futuro es *bullshit*. Que la ciencia ficción históricamente se

ocupó de convencernos de que en el futuro los autos volarían, todos vestiríamos con trajes pegados al cuerpo, usaríamos peinados extraños y maquillajes locos. Y no es así. Estamos igual que en 1990, aunque más solos, más tristes y con música asonante. Eso dice mamá. Dice que quizás sólo se avanzó en las cuestiones biológicas para distraernos de la verdad del proceso de vaciamiento ideológico al cual nos estaban sometiendo, pero yo no termino de entender cuáles son las ideologías que eran tan valiosas en el pasado, si en definitiva todos los males de la Humanidad se debieron a esas diferencias; entonces madre chasqueaba la lengua —como siempre— y se sumía al silencio, quizás pensando en que se había quedado con la hija equivocada porque yo no la comprendía, quizás sabiendo a ciencia cierta que el gobierno había triunfado. Yo pensaba que todo se trataba de avances para evitar más procesos tecnológicos y la invención de nuevas máquinas donde la biología podía reemplazar otros artilugios. Pero, aun así, con la ingeniería de alimentos en auge, hay que matar vacas y cabras y cerdos y gallinas para que no se vuelvan plaga y, peor aún, los alimentos orgánicos de laboratorio de alta gama los consumen los ricos, o sea, no hay igualdad de oportunidades. Nosotros nos conformamos con una pasta que asume la forma de lo que debería ser, pero llena de

vitaminas, nutrientes y mierdas semejantes. Dicen que la comida de los ricos sí tiene un sabor específico, no es el saborizante diluido que le colocan a la nuestra. Comida de astronautas, la llama madre. Y por allí andan los campesinos pobres matando animales como cuando éramos menos avanzados. Los matan y no los pulverizan, los matan y se los comen. Los cocinan con fuego hecho con ramas y carbón, no el fuego eléctrico que usamos nosotros. Disfrutan observando cómo se cuecen. Festejan por el aroma que lanza la carne chirriando sobre el fuego. Brindan con un líquido rojizo que los droga hasta la alegría o el sueño. Les quitan las vísceras a los animales y esas también se las comen. Ponen tripas rellenas entre dos panes. Se los comen. Un delirio. Se los comen obviando las advertencias que ya todos sabemos por repetidas una y mil veces en la prensa. Se los comen aunque esos animales lleven acumulados siglos de alimentación en base a soja transgénica y ya estén contaminados de sedimentos metálicos complejos. Nadie comprende a los pobres ni sus muertes. Hasta los doce años pensé que los pobres merecían cada dolor que sufrieran a causa de sus costumbres bárbaras. Luego cambié de idea y comprendí la esencia. La esencia de su resistencia y la esencia de las necesidades de sus cuerpos imperfectos y primitivos.

Todos estos años previos al momento de la suspensión, me enseñaron que lo primitivo es lo malo, que aquel que sea capaz de sumirse a las costumbres primarias y vivir en ese estado de precariedad, lleva un gen destructor que debe ser neutralizado. Por eso los campesinos viven huyendo. Por eso usan animales como transporte, alimento y vestimenta.

Antes de que madre tuviese que pulverizar a abuela me detuve a mirarla un instante. Calculé que llevaba una semana muerta, día más o menos. Nunca había visto a abuela. Madre se distrajo buscando dinero y joyas en los armarios (que eran docenas) y me dejó a solas con el cadáver en la cocina. La vieja tenía una espumadera en la mano en el momento de morir y un delantal de cocina manchado y percutido, encima de su ropa también manchada y percutida. Del bolsillo del delantal de cocina asomaba un repasador, manchado y percutido. Toda la vieja estaba manchada y percutida, como noté apenas fijé la vista en sus manos, manchadas de vejez, percutidas de arrugas. La vieja tenía el cabello rosa, en un intento vano de conservar algún atisbo de cabellera roja. Rojos tenía los ojos, el blanco del ojo marcado por millones de venas derramadas que le daban un aspecto más allá de la muerte, la volvían un sujeto de análisis médico, de ilustración científica. Yo

quería mirar esos ojos y encontrar algo de mí allí. Pero, *fuck*, en definitiva era mi abuela tanto como podía ser mi abuela una probeta, pero algo en esa vida vivida me llamaba a preguntarme sobre mi propia vida sin vivir. Abuela eligió a madre que me eligió a mí. Algún secreto ancestral debía haber tras esa cadena de ADN y decisiones. Sin embargo, en los ojos de la vieja no había más que sangre coagulada y un celeste de pupilas mutantes que la genética no consiguió filtrar en mi organismo. Podría yo tener hijos con ese azul celestial, por mero capricho biológico, pero para mis propias pupilas ya era tarde.

Entonces noté dos cosas. Dos cosas cercanas y las únicas a las que tuve acceso. Miré fijamente el brazo que sostenía la espumadera, la muñeca delgada y huesuda, marcada por cicatrices. No, no eran cicatrices de corte, de algún intento fallido de suicidio, no; eran cicatrices de roce. Algo que estuvo mucho tiempo clavándose en la carne. Yo tenía doce años, no podía comprender de qué se trataba y lo supe algunos años después. Eso no era un accidente porque la otra muñeca llevaba las mismas marcas, casi idénticas, como un *branding*. Y la otra cosa que noté, detectable en la mano libre, la mano que no aferraba la espumadera, eran pequeñísimas marcas redondeadas, orificios microscópicos, en cada dedo y en la palma. No

seguían ningún patrón, eran como el resultado de alguien presionando muy fuerte sobre cientos de alfileres clavados en una madera o en un corcho, pero clavados aleatoriamente, sin orden, con horror vacui. No había puntitos de sangre. Estaban secas, cicatrizadas. No sé si ese era un resultado directo de la muerte o es que las marcas ya tenían un tiempo. Esas cosas estaban muy lejos de mi comprensión y, de todas formas, no sentía que esas marcas pudiesen ser mortales.

Madre entró a la cocina con las manos cargadas de objetos, dejó todo sobre la mesa de fórmica, no sin antes tirar al suelo los restos de comida sintética que llevaban unos días solidificándose y allí se percató de mi presencia, de rodillas junto al cadáver de la vieja. Chasqueó la lengua con disgusto.

—¿Qué hacés?

—Miraba la muerte.

—No es nada, es como cuando dejás fuera de la heladera algún alimento. Se solidifica o se seca.

—Mirale los ojos.

—Qué espanto. Siempre quise tener los ojos celestes de la vieja, pero ahora ya no quiero más.

—Tiene muchas cicatrices.

—Correte que tengo que pulverizarla.

—¿Ahora?

—Andá al patio. Hay unas plantas muertas que habría que arrancar. No entiendo por qué la vieja dejó morir las plantas. Siempre pensé que eso de cuidar plantas era algo bien de vieja.

Me estaba yendo cuando madre me detuvo otra vez.

—Irma, ¿sentís algo?

Negué con la cabeza. No sentía nada. Madre me había enseñado perfectamente bien eso de la falta de empatía y además este cadáver pertenecía a una vieja *random*. Una vieja que era mi abuela por capricho histórico. Cuando murió padre tuve un «principio de incomprensión». Así lo llamamos con madre. No sabía qué pasaba ni qué pasaría. Madre tuvo un breve «ataque de entusiasmo» (así lo llamó), emparentado con cierto estado de liberación que se le pasó enseguida. Más tarde comprendí que padre no fue la mejor elección de madre, pero era el momento de optar por un acompañante y la rebeldía de madre era un pequeño auto a control remoto que transitaba caminos alternativos en su interior. Ella no era una revolucionaria sino apenas una nostálgica de las épocas de la barbarie, sobreadaptada. Sin embargo nunca intentó lavarme el cerebro. Prefería no responder mis preguntas, no abundar en detalles. Sabía que la única forma de subsistencia era la

obediencia ignorante. Aquí, ahora, nadie llora; en eso nos hemos convertido como sociedad. Lo que hace unas décadas podía considerarse algún tipo de discapacidad social, hoy en día se trata de una ventaja sobre el resto de los mortales. No experimentar grandes emociones, excepto por la curiosidad y el instinto de supervivencia, es maravilloso.